

LAS EDADES.

(Véanse las pág. 219 y 225.)

III.—LA EDAD VIRIL.



Composicion y dibujo de Tony JOHANNOT.

Los años de inspiración y de esperanza están ya lejos; el hombre ha revestido la armadura, y entrando en la lucha ha conocido la amargura de los reveses y el gozo de los triunfos; su frente antes tersa y luminosa como un cielo de estío

se halla cargada ahora con las nubes del otoño. Esa carrera en que entró oyendo el coro de las hadas de la juventud, la va recorriendo ahora impelido por el rudo mando de la realidad.

T.III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

En vano desearía contener un poco á su alazan y pararse á la sombra; el viaje principiado debe acabarse. Poco importa que el viento sople, que resuene el trueno, que el enemigo descubra el hierro de su lanza; el soldado de la vida va delante de él con los ojos fijos en una estrella que brilla día y noche.

¡Temible edad de las responsabilidades supremas! momento de accion que clasifica y concluye definitivamente el renombre del jóven y asegura el del anciano!

¡Cuántas pruebas, pero también cuánta animacion y cuánto aliento! Si el combatiente vuelve dolorido por los golpes, rendido de cansancio, el corazon henchido de zozobras, en lo alto de la colina descubre el techo que habita su familia y este pensamiento calma sus inquietudes. Antes no era mas que un viajero solitario que nadie esperaba; ahora hay ojos que espian el camino por donde va á llegar y corazones que corren á encontrarle.

De protegido que era, se vuelve protector; tiene en su mano la seguridad y la dicha de unos seres queridos que pagan sus beneficios en ternura; se ha vuelto su providencia visible, y despues de Dios, no hay otro de quien ellos se acuerden en sus alegrías, tristezas y peligros.

¡Esa santa mision ennoblece todos sus esfuerzos! ¿para qué servirían el vigor y la inteligencia del hombre empleados en sí mismo? ¿dónde hallaría nuevas fuerzas, y qué simpatía despertaría en nuestras almas? Si la actividad de la edad viril escita involuntariamente cierto respeto, es por la proteccion que ella presta á todo lo que crece á su sombra. Dejad aislado al guerrero, cuya imagen se ve reproducida por el lápiz del artista y no veréis mas en él que la fuerza bruta; pero quitadle el casco y la espada entregándolos á un niño, estended esos dos brazos revestidos de hierro sobre los hombros de esa mujer y de esa niña, y os quedará la edad viril en su mas digno carácter, esto es, sosteniendo á los débiles con su fuerza y regocijándolos con su amor.

HISTORIA

DEL

ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Veanse las páginas 291, 301, 309 y 316.).

Durante ocho dias á lo ménos, no se habló en la corte mas que de Acacia, del caballo preservado del oprobio de la subasta pública por la singular recomendacion de Pedro Collot; todos querian leer su peticion, de la que circulaban muchas copias, y el palacio de Crussol fué visitado por un gran número de curiosos. Aquella peregrinacion de nuevo género duró cerca de un mes.

Cárlos X montó varias veces á Acacia, y de cuando en cuando pedía noticias de él á su caballerizo mayor.

Pero, ah! la tempestad de una nueva revolucion rugia ya alrededor del asilo en que el último caballo de Napoleon concluía su carrera, protegido por un glorioso recuerdo.

VII.

Al empezar el mes de agosto de 1830, Cárlos X, vencido por la insurreccion de Paris, habia dejado de ser rey, y se encaminaba hácia la tierra del destierro. Rodeado de su familia, escoltado por mil quinientos hombres, atravesaba las

poblaciones, reinando en su marcha la mayor confusion.

Un gran número de caballos de todas clases, de carruages de la corte, y de los principales señores, que habian permanecido fieles á Cárlos X, de empleados civiles y militares cuyos bagages conducia una larga fila de carros: tal era el triste espectáculo que presentaba el viaje de la familia real despues de la salida precipitada de Rambouillet.

Se hizo una detencion en Falaise para tomar descanso; allí se decidió vender los caballos inútiles, que eran en gran número, y era el día indicado para la venta; los curiosos y aficionados, que habian acudido de todos los puntos de la Normandia, se preparaban á disputarse los despojos de la magnificencia real.

Las circunstancias no eran favorables para una venta de esta clase; era sin embargo preciso vender á cualquier precio, porque el tiempo urgía, y los comisarios del gobierno provisional tenian prisa por desembarazarse del peso de sus difíciles funciones; no querian dejar al anciano monarca ningún pretexto para retardar su embarque en Cherburgo.

Se empezó la venta por los caballos de tiro, despues se pasó á los de silla; los compradores habian tomado previamente sus informes sobre las cualidades particulares de aquellos animales, y especialmente sobre el papel que cada uno de ellos habia hecho en el palacio de Crussol; los que habian tenido el honor de ser montados á menudo por Cárlos X fueron vivamente disputados, y hubo dos cuyo precio subió á setecientos francos.

Llegó por fin su turno á un caballo que no habia sido observado por los aficionados por ser de excesiva edad, y aunque habia conservado una cierta belleza en sus formas, y cierto aire de distincion, que revelaba su noble origen, no podia ser objeto de una ardiente concurrencia por parte de los que compraban.

El empleado que presidia la subasta no le creyó siquiera digno de ser designado por el nombre con que se le conocia en el palacio de Crussol; y se contentó con ponerle á venta por una suma de cincuenta francos. Ninguna voz contestó á aquel precio provisional; el empleado la repitió, pero fué recibida de nuevo por un silencio glacial; iba á bajarla veinticinco francos, cuando un palafrenero, que llevaba la librea real, mirando al caballo desdeñado, exclamó:

— Pues es Acacia! Sí él es! Pobre Acacia! Con que nadie te quiere?

El empleado sorprendido por aquella exclamacion, preguntó al palafrenero lo que significaba.

— Cómo! contestó este; nadie quiere aquí dar cincuenta francos por Acacia, el caballo de Napoleon, el que montaba á Waterloo! Pues bien! yo que no soy mas que un pobre diablo, pujo á sesenta francos!

— Ciento cincuenta francos! dijo una voz de entre la multitud.

— Doscientos francos! gritó otra.

— Bueno! exclamó el palafrenero; á lo ménos no se dirá que el último caballo de Napoleon no ha podido encontrar compradores!

Estas últimas palabras dieron nueva animacion á la subasta, y Acacia fué al fin adjudicado á un propietario de Falaise, M. Lev..., mediante la suma de trescientos cincuenta francos.

El comprador se habia hecho apenas cargo de Acacia para llevárselo, cuando se le acercó el palafrenero.

— Gracias, señor, gracias, habeis hecho una buena accion.

— Qué buena accion?

— Habels comprado ese caballo, no es cierto?
— Sí; pero si es una buena accion, me cuesta algo caro; trescientos cincuenta francos!

— Os arrepenís acaso ya de vuestra adquisicion?

— No por cierto.

— Perdonad que os pregunte si os proponeis conservar ese caballo ó venderle.

— A qué viene esa pregunta?

— Quisiera saber la suerte que está reservada á nuestro querido Acacia.

— Pues bien, lo conservaré; estás ahora contento?

— Sí, señor, y otros lo estarán tambien; pues en las caballerizas reales todos queriamos á Acacia; era para nosotros un amigo antiguo.

— Yo le cuidaré. Encontrará en mi casa el asilo que la revolucion le ha quitado; morirá en mi casa.

— Gracias, caballero.

El palafrenero estaba conmovido, enternecido hasta deramar lágrimas; M. Lev... le volvió á asegurar que su querido Acacia lo pasaria bien con su nuevo dueño.

— Me permitiréis que os haga todavia otra pregunta?

— Habla, amigo mio, qué quieres saber?

— Qué es lo que os ha determinado á comprar á Acacia, puesto que no puede ya servir?...

— El mismo motivo que te decidió á hacer la primera puja. No he querido que el último caballo de mi antiguo general fuese á morir ignominiosamente á manos del desollador, ó que fuese comprado por algun saltimbanquis para ser enseñado en las ferias, como objeto de curiosidad. Quién sabe si algun inglés no lo habria paseado por Londres, como un trofeo, como uno de los despojos de Napoleon. Ya sabes por qué he comprado á Acacia; has almorzado, amigo mio?

— No, por cierto.

— Pues ven conmigo, almorzaremos juntos, y tendremos tiempo para hablar de mi nueva adquisicion; me contarás su historia, pues debes conocerla.

— Sí, señor; me la refirió muchísimas veces uno de mis antiguos compañeros de las caballerizas reales; un buen muchacho, que estaba en Waterloo con el emperador, y que es ahora cochera de omnibus.

M. Lev... y el palafrenero entraron en la posada principal de Falaise, en donde M. Lev... hizo que les sirvieran un almuerzo muy bueno, despues de haber hecho poner á Acacia en la cuadra, en donde no se le escatimó la cebada.

Los dos convidados iban á levantarse de la mesa para separarse, cuando un caballero, grueso y pequeño, se presentó delante de ellos. Antes de que hablara, M. Lev... reconoció en él un inglés.

— Caballero, dijo dirigiéndose á M. Lev..., el extranjero que hablaba el francés de un modo bastante cómico, habeis comprado á Acacia?...

— Sí, señor; por qué?

— Porque yo tambien le queria comprar.

— Lo creo; pero qué puedo hacer por vos?

— Vengo á proponeros un negocio... un negocijo que puede ser bueno... muy bueno para vos...

— Y para vos tambien, es verdad?

— Sí, si, tambien, eso es lo justó, no es cierto?...

— Conque, de qué se trata?

M. Lev... habia adivinado, en las primeras palabras del inglés, el motivo de su visita.

— Caballero, le dijo este, habeis pagado 350 francos por un caballo viejo, que no puede seros de ninguna utilidad... queréis vuestro dinero?

— Explicáos y daos prisa, porque me urge partir.

El inglés sacó de su bolsillo una cartera, y de esta un billete de 500 francos del Banco de Francia.

— Cededme á Acacia, y os doy esto.

M. Lev... se echó á reir, y mirando el billete que le ofrecia el hijo de la Gran Bretaña:

— Guardaos eso! Quedaos vuestro billete, que yo me quedo con mi caballo.

— Os quedais con él! Y para qué os servirá?

— Y á vos para qué os serviria, si yo os lo cediera?

El inglés pareció algo desconcertado con esta pregunta que no esperaba.

— Qué hariais con él? repitió M. Lev...

— Oh! oh! le llevaria á Inglaterra.

— Y despues?

— Oh! sois muy curioso, señor francés!

— No lo soy mas que vos, señor inglés!

— Oh! os explicaré mi deseo. Sabeis que en nuestro pais se ama mucho á vuestro emperador Napoleon... Aunque nós hizo mucho mal, se tiene curiosidad, mucha curiosidad por ver todo lo que perteneció á aquel grande hombre.

— Es decir, que llevariais á Acacia de poblacion en poblacion, y mediante uno ó dos chelines, todos podrian admirar á Acacia.

El palafrenero estaba rojo de cólera; apénas podia contenerse; pero M. Lev..., le impuso silencio con un gesto, y dirigiéndose al inglés:

— Sin duda tendréis buen cuidado de decir que habeis cogido ese caballo sobre el campo de batalla, para picar mas la curiosidad interesando en este espectáculo con una mentira la vanidad de vuestros compatriotas.

— Si, si, eso es; será un buen negocio. Vamos, tratemos; os parecen poco los quinientos francos? Podria alargarme hasta los setecientos cincuenta.

— Pues, amigo mio, si vuestros compatriotas quieren ver el caballo de Napoleon, se tomarán el trabajo de venir á Viré, á mi casa: esas son las señas.

M. Lev... dió una tarjeta al inglés, que la tomó.

— Oh! os chanceis sin duda.

— No, señor; hablo formalmente.

— Vamos, un billete de mil francos os hará mas razonable, y aunque Acacia no vale cien francos, consiento en este nuevo sacrificio.

— Bastante hemos hablado ya; os ruego que recordéis que tengo prisa.

— Oh! haceis mal, caballero! haceis mal!

Y el inglés guardó su cartera en su bolsillo, con una cachaza esencialmente británica; dió algunos pasos para alejarse, despues de haber saludado á los dos franceses; pero, volviéndose otra vez hácia ellos:

— Insistís? preguntó á M. Lev...

— Sí, señor!

El inglés se fué por fin, murmurando imprecaciones pronunciadas con tono enérgico, pero que solo fueron contestadas con carcajadas.

M. Lev... fué á la cuadra, hizo ensillar á Acacia, y montando en él, dió un apretón de mano al palafrenero, que le siguió largo rato con la vista, mientras su caballo le conducia al galope por el camino de Viré.

VIII.

El Consejo municipal de Viré habia sido convocado extraordinariamente. Ninguno de los individuos del Consejo

había dejado de acudir al llamamiento, y la reunión estaba completa. Se trataba de deliberar sobre un asunto tan importante como el que Domiciano sometió á las graves deliberaciones del Senado romano, convocado para decidir sobre la salsa que convendría mejor á un magnífico pescado.

Luis Felipe y su hijo primogénito se acercaban á Viré en su viaje de Normandía, en los primeros días del otoño de 1830; debían honrar con su presencia la linda población regada por el río Viré, que le ha dado su nombre; pero lo que más contribuía á agitar la industriosa población de la capital de subprefectura, era que se había anunciado una revista de la guardia nacional, como complemento indispensable de la visita real.

De qué modo había de corresponder la población de Viré al honor que se le hacía? Cada uno de los consejeros municipales quería que la industria por que él tenía interés, alcanzara la gloria de presentar una de sus mejores muestras al rey y á su primogénito. Al fin la votación decidió la cuestión en favor del caballo normando. Se determinó que cuatro miembros del consejo municipal irían á felicitar al monarca y á su hijo, y á ofrecerles dos magníficos caballos de silla de Normandía, para pasar revista á la guardia nacional.

Los cuatro consejeros municipales encargados de esta comisión, se pusieron en camino; iban á caballo, y uno de ellos, M. Lev..., montaba á Acacia. Apenas habían llegado á la aldea en que debían detenerse los príncipes, un correo anunció la llegada de los augustos viajeros. Los caballos que montaban los miembros de la diputación, y los dos que debían ser ofrecidos al rey y á su hijo, estaban á la verja de la casa de postas.

La silla de posta de los dos viajeros se detuvo allí; el duque de Orleans bajó el primero, y dió la mano á su padre para ayudarle á bajar.

Los miembros de la diputación estaban á algunos pasos, en una actitud respetuosa, y conforme con el carácter de su comisión.

Luis Felipe adivinó en seguida que iba á oír un esfuerzo de la elocuencia normanda. El orador fué el mismo M. Lev..., el nuevo poseedor de Acacia; las últimas palabras de la arenga anunciaban á Luis Felipe el homenaje de los caballos.

El rey dió gracias á la población de Viré, en la persona de sus representantes; después, acercándose á los caballos destinados á los ilustres viajeros, los examinó con mucha atención.

— Señores, dijo, aceptaría con mucho gusto el hermoso caballo normando que me acabais de ofrecer, si me respondierais de su docilidad; pues, como veis, no tengo veinte años. Mi hijo no os hará la misma observación; y si yo tuviese su edad, ya estaría á caballo.

Los diputados se miraban, y parecía que se consultaban.

— Por Dios, señores, añadió el rey, no interpreteis mal mis palabras, que no son otra cosa en realidad que el elogio del caballo normando; pero sus brillantes cualidades, su edad y su fuego, son defectos y peligros para un jinete que raya en los sesenta, y que no ha sido nunca un Franconi.

M. Lev... se encargó de contestar al rey.

— Señor, le dijo, no podemos, no debemos aceptar la responsabilidad; no podemos responder á vuestra Majestad...

— De que vuestro caballo normando me jugaría una mala pasada... Pero, en fin, yo no puedo pasar á pie la revista á vuestra guardia nacional.

Mientras hablaba así, el rey miraba á los demás caballos, acercándose á uno, que le pareció pacífico, y que no era otro que Acacia, preguntó:

— De quién es este?

— Mio, señor, contestó M. Lev... Ah! le ofrezco con tanto mayor gusto á vuestra Majestad, porque si consigue el honor de que le monteis, estará en el lugar que le corresponde.

Las miradas y los gestos del rey manifestaron la sorpresa.

— Qué le corresponde! oh! oh! contestó riendo; es caballo muy extraordinario?

— Señor, llevó á Napoleón en Waterloo, y Carlos X le montó más de una vez; procede de las caballerizas reales.

Luis Felipe examinó el caballo con más atención, mientras que el duque de Orleans le acariciaba con la mano.

— ¡ Bueno! dijo el rey, montaré este animal, ya que lo poneis á mi disposición.

Al ver el orgullo con que Acacia, sosteniendo al monarca, levantaba la cabeza al pasar por delante de la guardia nacional, se habría podido creer que comprendía que no llevaba encima á un jinete ordinario. Había recobrado su antiguo ardor. El rey quedó satisfecho de él, y dió las gracias á M. Lev... después de la revista.

— Sabeis, le dijo, que se podrían hacer aun una ó dos campañas con vuestro caballo! Pero ya ha merecido reposar; quiero dejarlo, porque estoy persuadido de que estará mejor en vuestra cuadra que en las mías, en las cuales no tengo noticia de que se guar en grandes consideraciones á las grandezas caídas. Pero cuando muera, hacédmelo saber, lo reemplazaré con un caballo mio; espero que no lo rehusareis; lo aceptaréis como un recuerdo de este día.

— Puesto que V. M. lo exige, no tengo ninguna objeción que hacer.

— Muy bien: no lo olvideis, y si acaso yo lo olvidase, tened la bondad de recordarme que soy vuestro deudor... que os debo un caballo de mis caballerizas.

(Se concluirá.)

EL SOPLADOR.

Los sopladores, pertenecientes al orden de los cetáceos y al género de los delfines, difieren de los demás peces por muchos caracteres notables.

No tienen escamas, sino una piel suave y fina como la seda; se hallan provistos de aletas articuladas como la mano del hombre, y de cañones por donde arojan el agua; respiran por los pulmones, y tienen caliente la sangre; son vivíperos, esto es, hacen sus pequeñuelos vivos, y mamíferos también puesto que les dan de mamar como los cuadrúpedos; tienen mucho gordo, y por último poseen acentos para manifestar el amor, el dolor ó la ira.

El cetáceo que se ve en nuestra lámina, llamado vulgarmente *soplador*, es de la especie del cachalote, llamado *macrocéfalo*, lo que significa *cabeza larga*; su longitud varia de treinta á cincuenta piés, aunque se vieron algunos en la parición que hicieron en las costas de Bretaña en 1784, que tenían hasta sesenta.

El macrocéfalo es el tirano de los mares. Su prodigiosa fuerza se halla secundada por una agilidad increíble para nadar, sumergirse y levantarse sobre las olas. Semejante al tigre ataca y mata sin provocación aun cuanto no esté hambriento, movido únicamente por el instinto de su ferocidad. Es tan temido de los pescadores islandeses que ni aun

siquiera se atreven á pronunciar su nombre cuando están en la mar. Los macrocéfalos habitan ordinariamente en los mares del Norte, y viajan en crecido número.

El cuerpo de los macrocéfalos encierra varias riquezas.

Primeramente su lengua carnuda, y enorme, porque llena todo el fondo del paladar, es un manjar delicado. Además entre la carne y la piel tienen un tocino de unas siete pulgadas de grueso, que derretido da un aceite muy útil para

ciertas artes, y sobre todo para los curtidos. De sus fibras se saca una excelente cola, y por último llevan consigo el combustible necesario para la preparación de esos productos: su esqueleto arde como la mejor leña.

La sustancia blanca llamada impropriadamente *celebro de ballena* se halla contenida en una vasta cavidad que ocupa mas de una cuarta parte de la cabeza del animal, diferenciándose de la materia del cerebro que es muy pequeño.



El soplador. — (Aparición de sopladores en las costas de Bretaña en 1784.)

Esta materia, líquida cuando vive el animal, se cuaja al enfriarse y acaba por ponerse dura; se conserva en tarros bien cerrados, no mancha, y se quita con solo frotarla. Algunos aseguran que esta sustancia es un específico soberano para las llagas cuando son recientes. También se hacen con ella buenas bugías que producen una hermosa llama. Hasta veinte toneles de este producto precioso pueden sacarse de un macrocéfalo.

Hay además en él otra materia en bolas, llamada *ambar gris*, perfume que tiene un gran valor en el comercio, que se va mejorando con el tiempo, y cuya fuerza se aumenta aun mezclando otros aromas. El ambar gris es combustible, y tan ligero que flota aun sobre el agua dulce.

UNA CAZA EN RUSIA.

EL MATADOR DE OSOS.

En el mes de marzo de 1842 me hallaba yo en el país de Jaroslaff, uno de los mas bellos países de la Rusia, y que recuerda los países de la Turena. Su capital Jaroslaff se le-

vanta sobre unas imponentes alturas, y es bañada por las aguas del Volga, que corre á sus piés. El gobernador era entonces el general Poltaratzki, uno de los mas antiguos generales de Alejandro, hombre de ciencia y de un valor á toda prueba. Hacia ya mucho que ocupaba este importante puesto, y era querido de todo el mundo.

A mi llegada presenté al general gobernador una carta de recomendación de uno de sus amigos de San Petersburgo, y me invitó para aquella misma noche á una de sus reuniones. Allí hice conocimiento con algunas personas de distinción que, á pesar de lo que han dicho sobre los rusos muchos escritores, me parecieron personas sumamente afables y de un trato muy distinguido.

La esposa del gobernador, que es de mucho talento, era el alma de aquella reunión. Su hijo Borsi, que entonces era un muchacho, pero que prometía lo que ha llegado á ser, esto es, uno de los mas valientes y cumplidos oficiales de la guardia imperial, que es uno de los cuerpos mejor organizados de Europa, secundaba á su madre, en cuanto estaba de su parte, para amenizar estas reuniones.

Estando allí, me acerqué á un grupo en que se hablaba de caza; un caballero que vivía en los alrededores de la capital, refería proezas de uno de sus paisanos y contaba lances tan extraordinarios sobre su fuerza y su destreza que muchos de los oyentes no pudieron ménos de manifestar sus dudas. El caballero A. de S. Ch., algo picado de las dudas de estos incrédulos quiso darles una prueba convincente, y nos invitó á todos á que fuésemos á pasar algunos días en sus posesiones del distrito de Caulloff, y asistir á una de las cacerías de su valiente Alejo. Aceptamos y quedamos citados para el siguiente día por la mañana, retirándonos temprano para prepararnos á aquella escursión; al amanecer me vino á despertar el caballero P... que me había ofrecido un asiento en su carruaje, y una hora después nos hallábamos todos reunidos.

Nuestro viage fué de corta duración, pues en poco mas de tres horas, los caballos, siempre al galope, nos hicieron recorrer un camino de 50 rerstar (cerca de 12 leguas) sin remudarse, y nos detuvieron delante de la casa de nuestro amigo, lindo edificio en que nos instaló con las mas generosas maneras.

Alejo avisado de nuestra llegada, no tardó en presentarse, y su presencia fué un objeto de admiración para todos nosotros; por mi parte confieso que quedé mudo de asombro; pues nunca he visto delante de mí un hombre de su talla y de sus formas hercúleas. Tenía indudablemente mas de seis pies y sus anchas espaldas y largos brazos, aunque bien proporcionados, su elástico talle, sus piernas nerviosas y robustas hacían de él un hombre escepcional. Era dependiente de nuestro amigo, y su amo le dió á conocer el motivo que nos conducía allí, y nuestras dudas respecto á sus proezas. Después de haber escuchado con la mayor atención, Alejo nos prometió que antes de tres días quedaríamos satisfechos, y exigía este tiempo, porque segun decía, necesitaba buscar un enemigo digno.

Pero la suerte le auxilió en sus deseos, y aquella misma noche volvió de su escursión. Había descubierto una cueva habitada por uno de esos terribles osos que serían la admiración del resto de Europa.

Nos dispusimos inmediatamente para la escursión, armándonos de escopetas, pues la distancia que teníamos que recorrer era bastante larga, y los caminos bastante malos, y partimos aquella misma noche para llegar al sitio indicado, antes del amanecer. Todos íbamos provistos de una buena escopeta de dos cañones, de un cinto de cuero y de grandes botas que nos subían hasta por encima de las rodillas.

El equipo de nuestro héroe merece una detallada descripción:

Iba envuelto de pies á cabeza en uno de esos largos levitones de piel de carnero, que en Rusia se llaman *chouba*, y ceñía su cintura con una gruesa cuerda, de la que pendía un cuchillo de monte de unas quince pulgadas de longitud, cuya estremidad, un poco encorvada y cortante por ambos lados, hacía que, dirigido por una mano diestra y vigorosa, pudiese acabar de un solo golpe con el animal atacado. Su brazo izquierdo se hallaba rodeado, desde el hombro hasta el puño, por otra cuerda colocada en espiral, y que debía servirle de defensa contra las garras del animal; y por último, un fuerte guante de piel, guarnecido de clavos, cuyas puntas salían al exterior, ceñía su mano y era un poderoso auxiliar, pues al abrir la boca el animal para morder á su adversario, este le introducía con violencia la mano en la boca, y el dolor que le causaban las heridas producidas por

los clavos, era tal, que el animal no tardaba en caer al suelo. Llevaba consigo una fuerte y larga trenza hecha de unos juncos muy comunes en aquel país, con las que se hacen cuerdas mas resistentes que las nuestras de cáñamo. Su longitud era de unos veinte y cinco pies, y terminaba en una de sus estremidades por un nudo corredizo.

Ya veremos el buen servicio que le prestaba esta cuerda.

Un teletchka, carruaje del país, colocado sobre patines y tirado por dos buenos caballos, conducía nuestras provisiones de boca.

Partimos, y seguimos el camino guardando el mas profundo silencio, pues era preciso evitar el dar la alarma á las fieras que podía haber en los alrededores. Después de mas de una hora de marcha sobre la nieve en que nos hundíamos hasta la rodilla, llegamos á los bosques que nos permitieron caminar á un paso mas rápido.

Alejo iba delante, no guiándose en medio de la obscuridad mas que por su instinto de cazador y por su larga experiencia. En fin, al cabo de muchas marchas y contramarchas, llegamos á un claro del bosque rodeado por todas partes de escavaciones profundas, guarida ordinaria de los osos del país.

Así que todo el mundo se halló reunido en aquel punto, resolvimos esperar en él la llegada del día, temiendo alejarnos de nuestro enemigo, que debía hallarse por aquellos alrededores.

El día no tardó en llegar y entonces pudimos reconocer los objetos que nos rodeaban. A doscientos pasos de nosotros se veía un bosquecillo de árboles, y á sus pies una ancha escavación cubierta en gran parte por ramas secas y por el musgo. El cazador corrió al momento que el animal se hallaba allí, y dando algunas vueltas para reconocer el terreno, se preparó para el ataque.

Quedó pensativo por algunos momentos y en seguida, dirigiéndose hácia un árbol bastante corpulento que se hallaba á unos quince pasos del hoyo, ató á él la estremidad de la cuerda opuesta á la que terminaba en un nudo corredizo. Desandando después lo andado, cogió su escopeta y adelantándose con precaución envió sus dos balas al hoyo con el objeto de espantar á la fiera y hacerla salir de su guarida.

Su maniobra se vió coronada del mejor éxito, y en cuanto se oyó la detonación vimos aparecer la enorme cabeza de nuestro adversario, y conocimos que teníamos que habérnoslas con un oso de los llamados *Comedores de trigo*, es decir, con uno de los mas vigorosos de los que pueblan los bosques de la Rusia.

Su fuerza es prodigiosa, y su agilidad extrema; es el mas temible de los osos, y es difícil de combatir. Alejo, avanzando hácia él, trata de sacarlo fuera de su agujero, arrojándole piedras. El oso tardó bastante tiempo en decidirse, pero fastidiado de ver la persistencia con que se le provocaba, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y se presentó con toda la plenitud de su fuerza. Nuestro cazador entonces nos recomienda la inmovilidad y el silencio. — Sin uno y otro, añadió, no respondo de nada. Yendo al encuentro del animal, supo manejarse tan bien, que le atrajo del lado del árbol, en donde se encontraba atada su cuerda, y tomando el nudo con la mano derecha, esperó á pié firme á su adversario. Este, que había seguido constantemente con los ojos los movimientos de Alejo, vino directamente hácia él; pero viéndole detenerse y temiendo alguna celada, no se atrevió á aproximarse mas. Sentándose entonces sobre sus patas traseras, dió muestras de querer retroceder, visto lo cual, nuestro cazador se vió obligado á salirle al encuentro. Afortunadamente, por

tener todavía mucha cuerda á su disposicion, pudo avanzar libremente. El oso, enderezándose, y separando sus largas piernas como para cojerlo, dió un salto enorme y vino á caer á sus piés.

Alejo, acostumbrado á salir triunfante de estas maniobras, evitó el golpe echándose atrás, y como el animal se disponia á tomar aliento para repetir su salto, se lanzó sobre él á su vez, y al mismo tiempo que con la mano derecha le enlazaba fuertemente el nudo corredizo, con la izquierda le asentó sobre el hocico un vigoroso golpe para obligarle á retirarse y asegurar la eficacia del nudo. Reculando en sentido opuesto á la cuerda, comenzó con una destreza maravillosa á dar vueltas alrededor de su victima, evitando al mismo tiempo su alcance, y picándole de tiempo en tiempo con su puñal. El oso no tarda en sentir los dolores atroces de la estrangulacion, y á veces hace esfuerzos terribles por romper la cuerda. Escitado como lo estaba, la lucha no podia ser de larga duracion. En efecto, despues de algunos minutos de saltos y de convulsiones, se dejó caer en el suelo como una masa inerte, con los ojos ensangrentados y las patas contraidas. Alejo lo concluyó de matar de una puñalada.

Nosotros nos estuvimos inmóviles: semejante intrepidez sobrepajaba á cuanto habiamos visto hasta entonces. Debo añadir, sin embargo, que el drama no habia concluido, y que iba á trabarse una nueva lucha cien veces mas terrible que la que acabamos de presenciar.

Apénas nos habiamos reunido en torno del vencedor, cuando sonó á nuestros oídos un grito alarmante. Volvimos simultánea y espontáneamente la vista; y á corta distancia de donde nos hallábamos vimos otro oso, la hembra del que acababa de morir, que habiendo oido los rugidos del macho, acudia en su auxilio. El aspecto de la fiera era magníficamente horroroso: su mirada chispeante de cólera, las contracciones de su entreabierta boca, y lo erizado de su lana, le daban cierta semejanza con la hiena.

Alejo comprendió al simple golpe de vista la estension del peligro que nos amenazaba, porque sabia que las primeras balas dirigidas contra estas fieras no bastan para contener su ímpetu, y tenia poca confianza ademas en la punteria que puede hacerse en tales casos.

Colocándose, pues, delante de nosotros, nos dijo que diéramos algunos pasos atrás, añadiendo: — « Suceda lo que suceda, no tiréis! » En efecto, proponiase luchar cuerpo á cuerpo con el animal, y hubiera sido fácil herirle, haciendo fuego. Volvimos, por lo tanto, á aceptar el papel de espectadores pasivos del drama que iba á comenzar.

Qué figura tan sublime era la de Alejo en aquel instante! Pálido de sorpresa, no de espanto, sus rasgados ojos despedían rayos de luz: tal vez no habia tropezado en toda su vida con una figura tan temible. Con la rapidez del relámpago cojió una escopeta, y apuntando al brazuelo del animal, tiró del gatillo; pero fuese precipitacion, fuese que no apuntara bien, no hizo mas que herir á la fiera, lo cual aumentó su furor.

La primera idea que tuvo Alejo al ver que habia errado el tiro, fué retroceder; pero avergonzado sin duda de este primer movimiento, mantúvose á pié firme, y cojiendo su arma por el cañon, avanzó resueltamente al encuentro del oso y le asestó en la cabeza tan violento culatazo, que la culata se hizo astillas. El oso quedó medio aturdido del golpe, pero no cayó en tierra, y quedaba por hacer lo mas difícil.

Alejo se habia olvidado de coger el puñal; pero viendo que le era imposible retroceder, adoptó una resolucion sobre humana, que fué la de aspirar á sofocar con sus brazos á la

fiera saltando encima de ella por un movimiento en falso que hizo.

Durante algunos segundos la lucha ofreció un espectáculo espantoso: no se oía mas que el ruido de las respiraciones del hombre y del animal y el rumor horrible producido por las uñas de la fiera en las espaldas de su adversario, de las cuales brotaba la sangre á chorros. Estimulado Alejo por el instinto de conservacion y por los dolores, hizo esfuerzos prontos, inauditos, para sofocar al animal; pero en vano. Nosotros no nos atreviamos á avanzar, y no podiamos hacer otra cosa que animarle con nuestras voces. En esta lucha encarnizada, desesperada, el cazador logró por fin hacer que recediese hácia el hoyo, y empujandola violentamente para que cayera de espaldas, lo consiguió teniendo la fortuna de que se rompiese el espinazo. Ya era tiempo porque el vencedor y el vencido rodaron simultáneamente al fondo de la escavacion, y á duras penas logramos librar á Alejo de entre las garras de su formidable enemigo, el cual, aunque en mal estado, tenia todavía gran fuerza.

Nuestro héroe cayó desfallecido, y permaneció así mucho tiempo antes de volver en sí: le desabrochamos para detener la sangre que brotaba á torrentes de sus heridas. Siendo muy gruesa la piel de cabra de que estaba cubierto, las uñas del animal no habian hecho mas que desgarrarle bastante profundamente la piel. Alejo, vuelto á la vida, pareció confuso, al ver las pruebas de interés de que era objeto. Le colocamos en nuestro carruaje, pues no podia tenerse en pié, y los osos atados á ramas de árboles, y conducidos por campesinos, nos seguian.

Todo el mundo corrió á recibirnos á nuestra entrada en el lugar: los aldeanos que nos seguian construyeron apresuradamente un trineo de madera, y colocaron en él los osos. Todos felicitaron al pobre Alejo, nosotros hicimos inmediatamente una colecta en su favor, y su señor, en premio de su bravura, le concedió enseguida la libertad. Despues he sabido que este valiente no habia querido abandonar á sus parientes y amigos, que habia permanecido en su pais, en donde continuaba sus valerosas aventuras, que le valieron el sobrenombre de *matador de osos*.

LA ARDILLA.

Los dos hermanos con la cabeza al aire, los cabellos flotantes y medio desnudos, se lanzan en el bosque seguidos del perro favorito que entra siempre en todos sus juegos. Echan á correr con gritos de alegría sobre la yerbecilla de las praderas, cojiendo avellanas al pasar, buscando nidos y arrancando florecillas allado del arroyo; pero de repente se detienen; ponen el dedo en la boca recomendando el silencio, inclinan la cabeza y se quedan trémulos de alegría. Allí cerca, en el troneo de una añeja encina, acaban de descubrir una ardilla!

Ambos se adelantan quedito, conteniendo su aliento, cuando el perro se endereza y se pone á ladrar... la ardilla espantada vuelve su fina cabeza, vé á los pequeños cazadores, y desaparece entre las hojas.

El niño lanza un grito doloroso, en tanto que la niña con la cabeza levantada y estendidos los brazos, apénas puede contener sus lágrimas.

— Regocíjate, en vez de entristecerte con lo que te sucede! Qué habrias hecho con esa ardilla si la hubieras cojido? Lo que hace todo el mundo; ponerla en una jaula. En vano

Dios la habria concedido la agilidad y la destreza; su vida se hubiera consumido dando inútiles vueltas en su encierro. Hoy al contrario, libre y laboriosa, ocupa útilmente sus dias. En el hueco de ese árbol se halla su despensa; mas arriba está el nido donde se abrigan sus hijuelos; trabajando todo el día puede alimentar á su familia, viviendo con los productos del estío y recojiendo provisiones de reserva para los malos dias. Niños, un tiempo llegará, cuando seais grandes, en



La ardilla. — Cuadro de Díaz.

que sabéis que muchos destinos entre los hombre se parecen á los de las ardillas. En el mundo tambien encontraréis aqui al ocioso dando vueltas en un circulo inútil y ruidoso, alimentado por el amo á quien distrae, pero pagándolo con su libertad; y allá al trabajador incansable, educando la

generacion que debe sucederle, pensando en lo presente, sin descuidar las necesidades del porvenir. Entonces, iluminados por la conciencia sabréis conocer donde está el deber, y en donde la felicidad, y preferiréis á la ardilla enjaulada, la que corre libre y contenta por el bosque.